

¿QUÉ TIENEN DE MODERNO LOS IMPERIOS MODERNOS?

Frederick COOPER
New York University

Como historiador especializado en los imperios británico y francés en África durante los siglos XIX y XX, participar en un congreso al lado de especialistas cuyo principal campo de estudio son los primeros imperios de América ha sido una experiencia instructiva, a la vez que una cura de humildad. La calidad de los trabajos que se presentaron en Madrid me hizo plantearme si quienes investigamos los imperios de los siglos XIX y XX no nos hemos dejado engañar por la afirmaciones de los ideólogos imperiales según las cuales éstos representaban un forma de poder nueva y “moderna”. Incluso los críticos del colonialismo han dejado que los modernizadores definan el territorio, aunque sólo fuera para dar su propia valoración negativa del mismo. Sin embargo, la ponencias que se presentaron en el congreso de Madrid plantean la cuestión de si el ejercicio del poder sobre grandes áreas geográficas y sobre pueblos diferentes, sin importar la época en que esto ocurra, hace que se compartan ciertos problemas básicos de índole política, administrativa e ideológica y si los juristas y los teóricos políticos llevaban debatiendo una serie de dilemas morales que parten de la unidad y de la diversidad de los pueblos dominados desde mucho antes de la aparición de temas tales como los derechos humanos, el colonialismo y el anticolonialismo en la forma supuestamente moderna que conocemos. Al parecer, la ruptura entre los imperios modernos y los anteriores quizás no sea más que una exageración.

Obviamente, lo anterior no significa que no hubiera nada nuevo bajo el sol del siglo XIX (o del XX); simplemente que la distinción entre moderno y no moderno no es la mejor para describir el cambio pues resulta demasiado limitada para revelar los aspectos invariables a largo plazo de las estructuras imperiales pero, a la vez, demasiado amplia para sacar a relucir las muchas crisis y puntos de ruptura que tuvieron lugar dentro de una era a la que se ha denominado “moderna”, además de en aquellas descritas como premoderna o moderna temprana. De mayor importancia aún, el uso de *moderno* como categoría analítica (tal como ocurre al definir una era o algunos sistemas políticos como modernos) hace que quede confuso precisamente lo que los historiadores tenemos una mayor necesidad de hacer: comprender el término “moderno” como una categoría original, según la utilizaron los personajes históricos. De hecho, algunos ideólogos coloniales afirman que lo que estaban haciendo era llevar la modernidad a zonas más atrasadas del mundo o, en su defecto, que, como pueblos modernos que eran, gozaban de una prerrogativa especial que les daba permiso a gobernar a los que no lo eran y que no iban a poder modernizarse por su cuenta. Lamentablemente, estas diatribas no han desaparecido totalmente de la escena internacional ¹.

1. PROYECTOS DE MODERNIZACIÓN Y MODERNIDAD COLONIAL

Pero no todos presentaron estos argumentos y tampoco se dirigió la totalidad de las políticas imperiales de los últimos siglos tomándolos como referencia, lo que pudiera explicar por qué se repitieron con tanta frecuencia. Por ello es importante hablar de proyectos de modernización dentro de los imperios recientes, pero hacerlo de una modernidad colonial o de un colonialismo moderno implicará aceptar ciertas *afirmaciones* como si constituyeran una realidad política. Los partidarios de la modernización se aprovecharon de la confusión existente entre los usos normativos y los analíticos para afirmar que, puesto que la modernización era inevitable, todos deberían saltar a este carro. Actualmente, muchos críticos de la modernidad han acabado por admitir la principal premisa de este razonamiento.

La modernización como concepto de las ciencias sociales y como meta política explícita tuvo su época de máximo esplendor en los años 50 y 60 del siglo XX, cuando parecía ofrecer tanto una comprensión científica como una evaluación positiva de las aspiraciones de una parte importante de los europeos de salir de un tradicionalismo retrógrado y de peligrosos con-

¹ He analizado los aspectos teóricos en mi capítulo «Modernity» de *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History*, Berkeley, University of California Press, 2005.

flictos provincianos y abordar las aspiraciones de los pueblos que salían de un dominio colonial de acceder a todo lo mejor que pudiera ofrecer Europa. El poder intelectual del concepto de la modernización durante estas décadas procedía de la singularidad de su visión: un nuevo mundo que se abría a todos, incluidos aquellos a los que tenía bajo su dominación colonial, un desplazamiento simultáneo de la economía de subsistencia a la de intercambio, de un sistema político de súbditos a uno de ciudadanos, de un *status* atribuido a uno alcanzado, de la familia extendida a la nuclear, de una ideología religiosa a una visión secular del mundo, de relaciones difusas y personalizadas a relaciones contractuales. Pero ése era también el problema. La teoría de la modernización parecía robarle la vida a la política y a la historia. Los textos mejor conocidos de la modernización daban la impresión de asumir que la sociedad americana, según se entendía en la década de 1950, representaba el *telos* hacia el que acabaría convergiendo todo el mundo². Particularmente durante la década de los 70, la crítica se centró en dos bases teóricas: la teoría conllevaba la idea del movimiento autopropulsado de la tradición a la modernidad sin demasiado espacio para la acción humana, para el análisis de procesos y causas o para reconocer el modo en que la gente se enfrentaba entre sí para dar lugar a cambios sobre los que no existía un acuerdo; y por una razón empírica, porque la idea de que las diversas sociedades convergerían en una “modernidad” basada en las imágenes propias de Occidente no era coherente con la investigación realizada sobre sociedades en proceso de cambio³. Por ello, la idea de una modernidad definible por criterios coherentes (sin mencionar el camino o caminos múltiples para alcanzarla) resultaba problemática.

Pero durante la década de 1990, surgió una crítica de la modernidad, influida por el postmodernismo y la teoría postcolonial, que se centró en una serie de manifestaciones y prácticas (el uso de la razón para recrear la sociedad, el laicismo, el progreso) que se asemejaban a la modernidad de los teóricos de la modernización, y que ahora se consideraban una imposición no deseada del occidente imperial en lugar de un proceso natural y evolutivo. La queja de que el pensamiento social occidental comprendía a los pueblos colonizados por la “falta” de los atributos de la modernidad de éstos dependía implícitamente de la noción de que Europa sí contaba con dichos atributos⁴.

² W. W. ROSTOW, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960.

³ Un resumen valioso de estas críticas aparece en: D. TIPPS, «Modernization Theory and the Comparative Study of Societies: A Critical Perspective», en *Comparative Studies in Society and History*, 15, 1973, pp. 199-226. Para analizar el significado político de la teoría de la modernización, véase M. E. LATHAM, *Modernization as Ideology: American Social Science and “Nation Building” in the Kennedy Era*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000.

⁴ Algunos ejemplos de estudiosos que emplean la modernidad como una categoría de análisis al examinar las situaciones coloniales son: D. CHAKRABARTY, *Provincializing Europe: Postco-*

O que dichos atributos daban forma al modo en que los colonizadores europeos regían sus imperios. La idea de que los “pueblos modernos” deberían desarrollar una agenda colonial que sea adecuada a su edad fue delineada en 1874 en un voluminoso libro escrito por Paul Leroy-Beaulieu, *De la colonisation chez des peuples modernes*⁵ y que para 1908, ya iba por su sexta edición. Lo que no resulta tan claro es cómo debe interpretarse la importancia histórica de un libro como éste. Su autor sugería que la colonización ocurrida a fines del siglo XIX debería plantearse de forma racional: equilibraría los intereses de los colonizados y de los colonizadores y utilizaría los recursos de forma eficaz. No sería, como en otras ocasiones, asunto de conquistadores y sacerdotes, sino de ingenieros, doctores y profesores. El concepto que primaba era el de asimilar a los pueblos colonizados, pero no con el fin de que llegaran a ser iguales que los habitantes de la metrópoli, sino con el de incorporarlos en un único régimen socioeconómico.

Pero esto no es lo que hizo la Tercera República Francesa. La idea de un imperio republicano moderno se hacía eco con algunos líderes de la misma quienes, no deberíamos olvidarlo, acababan de salir de un régimen denominado “Segundo Imperio” (1852-71) y cuyo gobernante se había autoproclamado Napoleón III. Los líderes de la nueva república seguían inmersos en luchas que apenas se habían resuelto: el laicismo frente a la Iglesia Católica, el temor de la política de masas frente a la noción de ciudadanía republicana. Nada de lo anterior se había resuelto y esto tampoco había ocurrido dentro de las colonias.

De ahí viene el problema existente con la noción de modernidad colonial según lo proponen los estudios modernos. David Scott escribe que la «formación de la modernidad colonial» representó una «interrupción en la organización del gobierno colonial caracterizado por la aparición de una racionalidad política distintiva (una gubernamentalidad colonial) en la que el poder pasa a tener como objetivo la destrucción y posterior reconstrucción del espacio colonial para producir unos efectos no tan extractivos (efectos sobre los organismos coloniales como regidores) sobre

lonial Thought and Historical Difference, Princeton, Princeton University Press, 2000; *id.*, *Habitations of Modernity: Essays in the Wake of Subaltern Studies*, Chicago, University of Chicago Press, 2002; A. APPADURAI, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996; C. BRECKENRIDGE (comp.), *Consuming Modernity: Public Culture in a South Asian World*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995; J.-G. DEUTSCH, P. PROBST y H. SCHMIDT (comps.), *African Modernities: Entangled Meanings in Current Debate*, Portsmouth NH, Heinemann; 2002; C. PIOT, *Remotely Global: Village Modernity in West Africa*, Chicago, University of Chicago Press, 1999; J. COMAROFF y J. COMAROFF, *Of Revelation and Revolution*, vol. 2: *The Dialectics of Modernity on a South African Frontier*, Chicago, University of Chicago Press, 1997. Y éstos no son más que unos pocos.

⁵ P. LEROY-BEAULIEU, *De la colonisation chez les peuples modernes*, 6.ª ed., París, Félix Alcan, 1908.

la conducta colonial». Antoinette Burton hace referencia a «la resolución del estado colonial y sus agencias culturales de producir modernidades coloniales a través de la reglamentación de la diferencia cultural según se interpretan en los organismos de hombres y mujeres: mediante tecnologías científicas, la ley, la etnografía, la espiritualidad, la maternidad, el matrimonio, los libros de viajes y las tarjetas postales»⁶.

Estas caracterizaciones del imperio moderno no consiguen captar la situación contradictoria a que tenían que hacer frente los creadores de los imperios de finales del siglo XIX. Permítaseme describir algunas de éstas, haciendo especial hincapié en los ejemplos del África británica y francesa. Ambos Estados parecían contar con la capacidad militar, económica, burocrática y cultural necesarias para realizar el proceso de colonización de forma sistemática y racional, para recrear a las sociedades conquistadas ya sea según su propia imagen o como el “otro” que subraya los rasgos únicos y la legitimidad de la modernidad europea. Pero aquí es donde aparecen los problemas.

2. ¿UNA MODERNIZACIÓN DE LOS IMPERIOS?

A) La incoherencia de la colonización a finales del siglo XIX

Ciertamente, la visión de Leroy-Beaulieu sobre la colonización moderna tuvo sus exponentes políticos, como fue el caso de Jules Ferry, pero también contó con detractores, quienes opinaban que era una actividad excesivamente audaz para una sociedad burguesa y demasiado opresiva para una república. El concepto de misión civilizadora parecía servir para reconciliar las contradicciones puesto que crearía “La plus grande France», capaz de movilizar grandes cantidades de recursos humanos y económicos y propagaría el ideal francés de una República dinámica y laica ante pueblos más atrasados. Pero el apoyo a la colonización en los años 70 del siglo XIX fue bastante limitado, quedaba supeditado a otras contingencias y únicamente era posible políticamente si no tenían que dedicar demasiados recursos de la metrópoli para dicha tarea⁷. En

⁶ D. SCOTT, *Refashioning Futures: Criticism after Postcoloniality*, Princeton, Princeton University Press, 1999, pp. 40, 52; A. BURTON, «Introduction: The Unfinished Business of Colonial Modernities», en BURTON (comp.), *Gender, Sexuality and Colonial Modernities*, Londres, Routledge, 1999, p. 2; A. MBEMBE, «On the Power of the False», en *Public Culture*, 14, 2002, p. 634. Véanse también S. DUBE, «Colonialism, Modernity, Colonial Modernities», en *Nepantla: Views from the South*, 3, 2, 2002, pp. 197-219, y T. E. BARLOW (comp.), *Formations of Colonial Modernity in East Asia*, Durham, Duke University Press, 1997.

⁷ J. R. LEHNING, *To Be a Citizen: The Political Culture of the Early Third Republic*, Ithaca, Cornell University Press, 2001, pp. 128-154; C.-R. AGERON, *France Coloniale ou Parti Colonial?*, París, Presses Universitaires de France, 1978; A. CONKLIN, *A Mission to Civilize*, Stanford, Stanford University Press, 1997.

la práctica, la colonización atrajo a pocos ingenieros, doctores y profesores, aunque sí interesó a muchos que tenían una visión diferente: las colonias eran una *chasse gardée*, un lugar en el que se podía ganar dinero del modo más burdo y donde podían darse las formas más coercitivas de explotación, sin las trabas que ponían los escrúpulos republicanos. También se ganó a otros cuya actitud hacia un proyecto cimentado en la construcción de una economía moderna y capitalista y un Estado seglar y racionalista era cuando menos ambivalente, tales como los misioneros católicos, quienes se oponían ferozmente a la gente como Ferry... y que eran mucho más numerosos en las colonias que los modernizadores laicos y republicanos⁸. Los sacerdotes, burócratas y comerciantes podían llegar a entendimientos que permitieran a cada uno de ellos ir tras determinados aspectos de sus objetivos individuales, pero la idea de la existencia de un proyecto colonial modernizador unificado no capta todas las tensiones existentes en los sistemas coloniales, y menos aún a las distintas maneras en que dichos proyectos opuestos se llevaron a cabo en el terreno.

Si el *establishment* colonial francés articuló (aunque solamente lo siguiera en algunos aspectos) una forma republicana de su misión civilizadora, la colonización británica se fraguó de forma similar en un terreno incierto y con unas metas contradictorias: las de promover la civilización, el comercio y la religión cristiana, apoyándose en estructuras económicas para la explotación sistemática del imperio, extrayendo los recursos lo más rápida y económicamente posible (sin preocuparse por el costo humano o las consecuencias a largo plazo) y rigiendo zonas muy extensas y poco pobladas con el menor coste y riesgo de provocar resistencia posibles. Justo antes de que se produjera la gran ola de conquistas coloniales de las décadas de 1880 y 1890, influyentes humanistas y misioneros británicos expusieron su idea de proyecto colonial que, como en el caso del de Leroy-Beaulieu, se separaba claramente del “viejo” imperialismo basado en el comercio y obtención de esclavos. La continuación de las incursiones en busca de esclavos, su comercio y explotación en ciertas partes de África (pero que en ningún caso abarcan a la totalidad del continente) dieron lugar, en especial tras los famosos viajes del misionero protestante David Livingstone al África Central durante la década de 1860, a la imagen de África como un continente debilitado por las incursiones esclavistas y por la tiranía y pidió encarecidamente una intervención benévola que diera como resultado un comercio pacífico y la introducción del Cristianismo. También se sintió la influencia de un punto de vista a favor de la liberalización de la colo-

⁸ J. P. DAUGHTON, «Missionaries, Colonialists, and French Identity, 1885-1914 (Indochina, Madagascar, French Polynesia)», Tesis doctoral, University of California, Berkeley, 2002.

nización en los legisladores británicos, particularmente en lo que respecta a aquellas áreas en las que se conocía públicamente la existencia de una esclavitud continuada, tales como Zanzíbar y la costa oriental de África. Los argumentos de los humanistas británicos, entre los que se contaba E. D. Morel, contra los horrendos abusos en el Congo del rey Leopoldo fueron utilizados por los distintos grupos de presión para fomentar un enfoque a la colonización que potenciara más el papel de los campesinos africanos que se dedicaran a cultivar sus tierras bajo la atenta supervisión británica⁹.

Pero estos proyectos no hacían más que dar una imagen parcial de la realidad de la colonización, junto a otras según las cuales las colonias podían considerarse simples zonas de extracción, áreas en las que se pudieran consentir los impulsos masculinos, en las que se pudieran crear carreras militares cimentadas en la masacre de personas que no disponían de la tecnología necesaria para responder al fuego con el fuego. Éstas no eran “contradicciones” que haya impuesto el historiador *a posteriori*: ya hubo enfrentamientos de consideración a principios del siglo XX como consecuencia de estas situaciones¹⁰. Y el otro lado de la cuestión es cuánto podían hacer los regímenes coloniales, dejando de lado sus intenciones, un problema al que volveré enseguida.

En ningún lugar resulta más evidente la incoherencia de los regímenes coloniales que en el área en que su “modernidad” parecería contar con sus manifestaciones más evidentes: la política económica. Si Leroy-Beaulieu y otros intentaban distinguir la actitud racional hacia el progreso económico de la colonización moderna de los aspectos depredadores de sus precedentes, su visión no señala cuán atroz fue también el colonialismo de finales del siglo XIX... especialmente en los casos de la política de recogida forzada de caucho del rey Leopoldo en el Congo y de las compañías concesionarias de Francia en el África Ecuatorial, en los que la brutalidad ejercida puede compararse con la peor ocurrida en las minas de plata del siglo XVI o en las plantaciones de azúcar del siglo XVIII. Y la atención en la colonización como fuente de transformación tampoco explica que una parte importante de la producción proveniente de las colonias africanas no fuera el resultado de la introducción de técnicas europeas de producción sino de la capacidad de los gobiernos de vivir de las técnicas de producción y capacidad organizativa de los grupos de parentesco africanos y de sus redes comerciales. Los productores de aceite de palma de la costa del África occidental,

⁹ F. COOPER, T. HOLT y R. SCOTT, *Beyond Slavery: Explorations of Race, Labor, and Citizenship in Postemancipation Societies*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000.

¹⁰ Para analizar un estudio ejemplar de uno de estos debates, véase L. WILDENTHAL, *German Women for Empire, 1884-1945*, Durham, Duke University Press, 2001.

que habían aumentado su producción (en granjas propiedad de los campesinos o en plantaciones de esclavos) en respuesta a la creciente demanda en Europa ocurrida durante las décadas anteriores a la carrera de las naciones europeas por hacerse con colonias en África, se adaptaron a la entrada de los gobiernos coloniales, las empresas exportadoras y las normativas estatales. Los productores de cacao, primero en la Costa del Oro, y posteriormente en Nigeria, comenzaron a cultivar este nuevo cultivo comercial sin el conocimiento o intervención del Estado colonial. A la teoría de la modernización académica no le va mucho mejor al predecir los efectos de la involucración de los productores de cultivos comerciales en las economías de mercado: en vez de que los sistemas de familia extendida y las organizaciones religiosas den lugar a la familia nuclear y una sociedad laica, frecuentemente utilizaron nuevos recursos para profundizar las relaciones familiares existentes y dieron un nuevo ímpetu y aportaron nuevas ideas a la organización religiosa ¹¹.

Si en algunos lugares los administradores británicos y franceses (presionados por los misioneros) creían que podrían transformar la producción basada en la utilización de mano de obra esclava en una agricultura en la que se remunerara el trabajo, muy pronto se darían cuenta de que una intervención demasiado rápida o demasiado fuerte sobre las formas existentes de producción pondría en peligro los ingresos procedentes de la exportación. Algunos años más tarde, la conquista europea sí socavó los sistemas esclavistas, especialmente al imposibilitar la importación de nuevos esclavos y, en ocasiones, aunque no siempre de forma intencionada, al proporcionar oportunidades para que los esclavos buscaran alternativas a la subordinación a sus amos. Pero en las zonas más importantes donde la producción agrícola la llevaban a cabo esclavos (por ejemplo, en la costa oriental de África o en el norte de Nigeria) los anteriores propietarios de esclavos idearon nuevas formas de relación dependiente (de protección, de arriendo...) en lugar de adoptar el “moderno” sistema de trabajo pagado ¹².

Incluso en aquellos lugares en los que el trabajo remunerado consiguió una cierta relevancia, los regímenes coloniales no intentaron instaurar el tipo de régimen laboral ordenado, controlado y disciplinado

¹¹ Sobre las causas y efectos del cambio agrícola resultan de gran valor las obras de S. BERRY, de las que la más reciente es: *No Condition is Permanent: The Social Dynamics of Agrarian Change in Sub-Saharan Africa*, Madison, University of Wisconsin Press, 1993.

¹² F. COOPER, *From Slaves to Squatters: Plantation Labor and Agriculture in Zanzibar and Coastal Kenya, 1890-1925*, New Haven, Yale University Press, 1980; P. LOVEJOY y J. HOGENDORN, *Slow Death for Slavery: The Course of Abolition in Northern Nigeria, 1897-1936*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; S. MIERS y R. ROBERTS (comps.), *The End of Slavery in Africa*, Madison, University of Wisconsin Press, 1988.

que era un aspecto importante de la sociedad industrial de la Europa de finales del siglo XIX; en su lugar, fomentaron un sistema de migraciones continuas, en la que los hombres (que eran la inmensa mayoría) trabajaban durante períodos limitados de tiempo en las zonas urbanas o en las minas, para al final regresar a sus hogares en la región rural y ser sustituidos por otro grupo de trabajadores. En resumen, la reproducción de la fuerza de trabajo quedaba separada geográficamente de los lugares de producción y ubicada en un entorno social “tradicional”, lo que implica que en realidad se hacía muy poco por proporcionar servicios sociales a los trabajadores y sus familias o para su aculturación en un nuevo mundo. Por el contrario, los regímenes coloniales potenciaron el mito de que el africano era un pueblo “tribal”, reacio a abandonar sus sociedades particulares y en peligro de caer en la depravación y el desorden si se quedaban demasiado tiempo en las ciudades... aunque lo cierto es que tanto en las zonas urbanas como en las rurales habían sufrido cambios notables como consecuencia de los movimientos e interacciones ocurridas entre ellos ¹³.

Resumiendo, los historiadores africanos que buscan “modernidad colonial” en las primeras décadas posteriores a la ola de conquistas europeas de finales del siglo XIX se encuentran con proyectos que conllevan un gran cambio económico y transformación social, pero no hallan por ningún lado un patrón consistente que en realidad sirva para reformar a las sociales colonizadas, ya sea a imagen del modelo europeo o como parte de una estructura sistemática de explotación racional de los recursos y mano de obra africanos ¹⁴. Cualquiera que fuera el impulso transformador que tuvieran los regímenes coloniales más allá de la mera obtención de más recursos de África, éste se había prácticamente difuminado para la década de 1920 hasta convertirse en una visión conservadora de la sociedad africana, mantenida dentro de las comunidades “tradicionales”, del que se pudieran obtener periódicamente mano de obra o cultivos comerciales, pero con incrementos lo suficientemente pequeños para mantener sin cambios el tejido social africano. En sí, eso no era más que una ilusión, aunque fuera muy poderosa. Después de 1929 pasó a ser aún más real, ya que los trastornos debidos a la gran depresión económica podrían esparcirse por el continente y allí recibir

¹³ Existe una gran cantidad de obras desde la década de 1930, sobre los sistemas de mano de obra migratoria, especialmente en el sur y centro de África. Pueden encontrarse referencias y un análisis del pensamiento colonial sobre la relación del trabajo remunerado y la cultura africana en: F. COOPER, *Decolonization and African Society: The Labor Question in French and British Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

¹⁴ Las colonias, tal como ha sostenido J. MARSEILLE, resultaban más valiosas para las empresas francesas menos competitivas y menos avanzadas tecnológicamente y durante los períodos de crecimiento económico más débil. *Empire colonial et capitalisme français: Histoire d'un divorce*, París, Albin Michel, 1984.

la consideración de simples problemas de atraso en lugar de formar parte de una crisis económica mundial ¹⁵.

Pero durante la recuperación de la depresión, y durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente después de la guerra, surgió otra ronda de proyectos modernizadores dentro de los establecimientos coloniales francés y británico, en esta ocasión desempeñados con mucho más entusiasmo y convicción que en la primera. Volveré a este tema más adelante en este capítulo para sugerir que la aparición de un imperialismo modernizador consciente de sí mismo durante la década de 1940 demuestra la importancia de comprender el concepto de modernización *dentro de* un ámbito más amplio de estrategias coloniales en lugar de como la esencia del proyecto colonial en sí mismo y para señalar que el breve intento de tomar en serio dicho proyecto tuvo unas rápidas consecuencias fatales para el gobierno colonial. Pero primero volvamos a considerar otra dimensión de los límites del poder colonial durante su auge a principios del siglo xx.

B) El clásico problema imperial de administrar grandes áreas

Este problema no creaba dificultades añadidas... y tampoco consiguieron solucionarlas totalmente las nuevas tecnologías que aparecieron, como el telégrafo y el ferrocarril, puesto que el problema fundamental no era más que humano. Como los imperios eran grandes y extensos, tenían ante sí el grave problema de tener que delegar: cómo conseguir que los funcionarios subordinados sirvieran al centro imperial en lugar de formar sus propias redes independientes y, además, cómo hacerlo de forma económica ¹⁶. La administración africana empleó a pocos funcionarios blancos: los ingresos eran reducidos y el espacio muy amplio. Lo que los dirigentes tenían que hacer era dirigirse a las mismísimas autoridades cuyo atraso y tiranía se habían empleado para hacer atractiva su conquista ante el público “progresista” y humanitario. Durante la década de 1920, los británicos comenzaron a denominar “gobierno indirecto” a esta situación, pero estaban haciendo más que darle un nombre a una necesidad. No obstante, esto implicaba definir la autoridad colonial en términos de la conservación inteligente de las prácticas tradicionales en lugar de su transformación. Por ello, a los súbditos más civilizados se le etiquetaba como “africanos destrribalizados”: el gobierno colonial únicamente podía denominar a sus productos por lo que no eran ¹⁷.

¹⁵ M. OCHONU, «A Colony in Crisis: Northern Nigeria, British Colonialism, and the Great Depression», Tesis doctoral, University of Michigan, 2004

¹⁶ J. ADAMS, «Principals and Agents, Colonialists and Company Men: The Decay of Colonial Control in the Dutch East Indies», en *American Sociological Review*, 61, 1996, pp. 12-28.

¹⁷ E. HOBBSAWM y T. RANGER (comps.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; M. CHANOCK, *Law, Custom and Social Order: The Colonial Experience in Malawi and Zambia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

De este modo, un colonialismo que intentaba diferenciarse de lo que había sido habitual hasta entonces acabó justificándose como el guardián de la tradición en lugar de su modernizador. E incluso dicha visión quedó recortada por la opresión racial extrema que se practicó en algunas colonias, en particular en las que contaban con colonos blancos. Estas prácticas no eran ni modernas ni todo lo contrario: frecuentemente se improvisaban para la ocasión y empleaban las más modernas tecnologías cuando resultaban suficientemente económicas, pero también grandes dosis de castigo físico, sanciones penales contra quienes incumplían los contratos, así como otros métodos en flagrante contraste con las nociones de disciplina racionalizada existente en las economías que emplean mano de obra libre¹⁸. Los tipos de estructuras que los discípulos de Michel Foucault identifican con la “gubernamentalidad moderna” (un sistema de gobierno diseñado para crear súbditos “dóciles” para con el Estado, para mantener la vigilancia sobre una “población” y para definir a los que se separan de la norma y encauzarlos hacia instituciones de control) tenían su lugar dentro de la autoridad imperial, pero su debilidad en el África anterior a la Segunda Guerra Mundial es francamente notable. La mayor parte de los gobiernos coloniales de África ni siquiera se preocuparon por realizar un censo: su control dependía menos de conocer la población y de la supervisión individual que de funcionar con la mediación de intermediarios nativos y de gobernar a los africanos en tanto que miembros de sus comunidades... algo que los soberanos imperiales llevaban centenares de años haciendo¹⁹.

Y llegamos al modelo ya contemplado siglos atrás: los imperios necesitaban contar con una idea de los límites de su propia capacidad de transformación: tenían que pensar en cómo hacer partícipes a las elites conquistadas, aunque fuera en un grado mínimo, del sistema de gobierno imperial. En ocasiones, las potencias coloniales “modernas” creían que estaban yendo aún más allá, hacia cierta combinación de mejora social y explotación racional, pero, en realidad, la implantación de tales políticas ponía en peligro el orden que habían conseguido establecer y podía tener un coste superior al que podían permitirse o al que estaban dispuestos a pagar.

¹⁸ Véase, por ejemplo: D. PATON, *No Bond but the Law: Punishment, Race, and Gender in Jamaican State Formation, 1780-1870*, Durham, NC, Duke University Press, 2004.

¹⁹ M. VAUGHAN, *Curing Their Ills: Colonial Power and African Illness*, Cambridge, Polity Press, 1991; D. ANDERSON, «Master and Servant in Colonial Kenya, 1895-1939», en *Journal of African History*, 41, 2000, pp. 459-485. Para leer un análisis matizado desde una perspectiva colonial de las percepciones y los puntos débiles de Foucault, véase A. L. STOLER, *Race and the Education of Desire: Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things*, Durham, Duke University Press, 1995.

C) El problema del imperio como espacio político y moral

Aquí volvemos al debate en el que desempeñó un famoso papel Bartolomé de Las Casas. El problema era intrínseco a la naturaleza del imperio: debe incluir lo suficiente al pueblo para que éste acepte sus reglas de pertenencia y para que éste (y más concretamente sus elites) pueda hacerse con una parte de la continuidad ordenada del imperio. La gente en sus hogares tenía que aceptar la idea de que formaban parte de un sistema político más amplio, mientras afrontaban la cuestión de qué clase de principios habría de regir el imperio y si tales principios se reflejarían en sí mismos. El problema estribaba en conseguir el equilibrio en la incorporación y la diferenciación, y era un problema que habría de tomar nuevas formas con el paso del tiempo, pero que llegó a desaparecer. El debate dentro del ámbito de la monarquía católica sobre los términos relativos a la incorporación de los indios en la América española del siglo XVI planteó cuestiones que seguían vigentes en el siglo XX²⁰.

Durante el siglo XVIII, el problema se planteó desde distintas perspectivas. Diderot y otras figuras clave de la Ilustración cuestionaron el concepto de imperio, haciendo hincapié no sólo en que los pueblos conquistados tenían derechos por el mero hecho de pertenecer a la raza humana, sino también en que, en realidad, la humanidad la formaban pueblos que eran diferentes culturalmente, y cuyas diferencias no podían estructurarse jerárquicamente en una escala descendente²¹. En Gran Bretaña, los cristianos disidentes empezaron a mirar con ojos críticos la práctica de la esclavitud dentro del área de dominio británico y empezó a considerarse como un asunto moral el trato que se daba a las personas de raza negra dentro del imperio. Más adelante comentaré algo con respecto al papel que desempeñaron los esclavos para provocar tales debates, pero el punto que quiero analizar en este momento es que el espacio que abarcaba el imperio era el lugar en que se trataban los asuntos de naturaleza moral, tanto para la crítica como para la defensa del imperio. Éste no era un área en la que todo era aceptable y donde se podía experimentar. Los grupos de presión contrarios a la esclavitud de Gran Bretaña y, en menor grado, de Francia emplearon la retórica del imperio para definir la esclavitud como una mancha en la bandera, además de una retórica empática: el esclavo como hombre y como hermano. Este razonamiento (especialmente en Gran Bretaña a lo largo de todo el siglo XIX) consideraba al imperio como un área de un gobierno y sociedad cristianos²².

²⁰ A. PAGDEN, *Spanish Imperialism and the Political Imagination*, New Haven, Yale University Press, 1990.

²¹ S. MUTHU, *Enlightenment against Empire*, Princeton, Princeton University Press, 2003.

²² D. B. DAVIS, *The Problem of Slavery in the Age of Revolution 1770-1823*, Ithaca, Cornell University Press, 1975; S. DRESCHER, *Capitalism and Antislavery: British Mobilization in Comparative Perspective*, Nueva York, Oxford University Press, 1987.

Estas críticas humanitarias en ocasiones consagraban al colonialismo como algo “normal” en tanto que éste no violara ciertas normas “civilizadas”, pero el proceso planteó la posibilidad de que se produjeran cambios en éstas. El modelo contrario a la esclavitud, por su parte, influyó en los movimientos anticoloniales de las colonias y en sus simpatizantes en las metrópolis de Francia y Gran Bretaña. El argumento se basaba no en que la colonización moderna fuera sencillamente la extensión del poder nacional en el exterior, sino en que el imperio era una clase especial de ámbito dentro del que estaban en juego cuestiones jurídicas, éticas y políticas.

Las potencias coloniales intentaron contener estas formas de protesta, materializadas en una injusta distinción racial y cultural entre los pueblos o, en el caso de Francia, una clara separación entre ciudadano y súbdito. Pero estas diferenciaciones nunca fueron tan claras en la práctica política como pudiera parecer, puesto que la dimensión inclusiva de la colonización no desaparece totalmente al coexistir la condición de ciudadanos y la de súbdito. La ciudadanía continuó siendo objeto de demanda por parte de los súbditos, y para los gobernantes la posibilidad de manipular el límite entre ambas era una atractiva estrategia que daba lugar a múltiples posibilidades e incertidumbres. Cuando Francia abolió de forma definitiva la esclavitud en sus colonias en 1848, los esclavos, sin importar los celos que las élites francesas pudieran tener con respecto a su estado degradado y su origen africano, obtuvieron directamente la categoría de ciudadanos. En Argelia, mientras tanto, se estaba preparando una distinción más acusada entre ciudadanos cristianos y súbditos musulmanes que, en último término, exigía que estos últimos renunciaran a aplicar la ley islámica en asuntos relacionados con el matrimonio, la herencia y otras dimensiones relativas al estado civil, algo que muy pocos estaban dispuestos a hacer. Sin embargo, durante la parte final del siglo XIX, en las pequeñas colonias francesas de Senegal, los “originaires” (africanos nacidos en la localidad, la mayoría de los cuales eran musulmanes) podían gozar de las ventajas de la ciudadanía francesa sin tener que renunciar a su estado civil islámico y sus derechos de ciudadanía se reforzaron durante la Primera Guerra Mundial, cuando el Estado tuvo que hacer un llamamiento al máximo número de ciudadanos posible para que participaran en el esfuerzo bélico. El aumento en el número de demandas tras la guerra tuvo como consecuencia otra reacción por parte de los funcionarios franceses, quienes intentaron limitar el espacio de ciudadanía común y potenciar, en su lugar, el imperio como espacio de diferencia en el que cada pueblo pudiera buscar su propio destino a su manera bajo el paraguas de la autoridad de Francia. La tensión entre la ficción de una alternancia irreducible y la de un imperio de ciuda-

danos se mantuvo vigente hasta el mismísimo final del dominio colonial²³.

D) La coexistencia de distintas formas de gobiernos imperiales hasta entrado el siglo xx

Evidentemente, España y Portugal son el puente que une la separación convencional entre el sistema premoderno y el moderno y algunos expertos han intentado mantener la era moderna bien separada comentando que el imperio español resultaba anacrónico o que Portugal desarrolló un “nuevo” imperio... razonamientos que no convencen a los principales especialistas²⁴. Ambos cambiaron a través del tiempo sin quedar anticuados ni tener que reinventarse. Francia y Gran Bretaña también compartieron el siglo XIX y la primera parte del XX con los Imperios Austro-Húngaro, Otomano y Chino. El razonamiento que apoya la existencia de un imperio moderno ha de retratar a éstos como pintorescamente arcaicos, pero dicha lectura no es sino una proyección retrospectiva: la caída de estos imperios proyectada hacia una era en la que su destino distaba de estar sellado. De hecho, una nueva corriente de investigaciones históricas sobre los viejos imperios eurasiáticos nos ofrece una opinión diferente: todos estos imperios dispusieron de sus propios proyectos reformistas y la imaginación de muchos de sus oponentes, además de parte de la elite, era imperial, no nacional. Por ejemplo, los rusos en Siberia y los otomanos en Yemen también contaban con sus misiones civilizadoras. Al mismo tiempo, las minorías se dirigían al poder imperial en busca de protección y oportunidades, y las elites imperiales se esforzaban por manipular distintas relaciones con las elites provinciales. Es más, no resulta posible comprender la cabalidad de los acontecimientos que desembocaron en la Primera Guerra Mundial si se toma una perspectiva demasiado “nacional” de los imperios eurasiáticos. En realidad no había más de seis o siete actores de importancia a escala mundial, y todos ellos estaban intentando de formas diversas movilizar fuerzas externas a sus fronteras nacionales: poblaciones imperiales

²³ La ciudadanía en el Imperio Francés es el tema de mi investigación actual. Hasta su aparición, véase A. CONKLIN, *A Mission to Civilize, op. cit.*; R. H. L. DICKENS, «Defining French Citizenship Policy in West Africa, 1895-1956», Tesis doctoral, Emory University, 2001; M. DIOUF, «The French Colonial Policy of Assimilation and the Civility of the Originaires of the Four Communes (Senegal): A Nineteenth Century Globalization Project», en *Development and Change*, 29, 1998, pp. 671-696.

²⁴ Se pueden encontrar estos argumentos con una fuerza especial en S. SUBRAHMANYAM, «Empire and Colonial Encounters: Some Comparative Reflections», en C. CALHOUN, F. COOPER y K. MOORE (comps.), *Lessons of Empire*, Nueva York, New Press, 2006; y C. SCHMIDT-NOWARA, *The Conquest of History: Spanish Colonialism and National Histories in the Nineteenth Century*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2006.

multiétnicas, Estados extranjeros asociados, como era el caso de Canadá o Australia, y colonias, a las que se podría obligar a proporcionar mano de obra y materiales. Los límites desconocidos de las bases de recursos de los imperios no hicieron más que agudizar la situación. El final de la guerra no trajo consigo un mundo de naciones, sino únicamente conversaciones sobre autodeterminación, lo que resultó aún más desestabilizador; Europa se convirtió en una mezcla de sistemas imperiales encogidos por la fuerza, de nuevas y vulnerables naciones-Estado y de viejos Estados que seguían siendo completamente imperiales²⁵.

3. EL IMPERIO AL COMIENZO Y AL FINAL DE UNA ERA “MODERNA”: LA UTILIDAD DE LOS CONCEPTOS

Una vez que hemos dejado atrás la visión retrospectiva que aporta la metanarrativa sobre el paso de imperio a nación, podemos plantear cuestiones más relevantes sobre ambos extremos de la denominada era moderna. Mi argumento es que el concepto de imperio resulta útil a los dos lados del espectro, pero que en el caso del concepto de “moderno” esto ocurre únicamente cuando se utiliza como un concepto “nativo”, como lo esperado por los participantes únicamente en situaciones históricas concretas.

La primera etapa de la historia de los imperios tras la Ilustración y la Revolución Francesa era complicada por la postura tan peculiar que desplegó Napoleón: en ocasiones aparece como el gran racionalizador, el creador de códigos y de la administración científica, el movilizador de ciudadanos franceses para ampliar su poder nacional. Pero esta afirmación solamente en parte es cierta. El modelo de autoridad de Napoleón era Roma, mientras que el de su geografía imperial era el de Carlomagno. Los ejércitos napoleónicos, al igual que los imperios de la antigüedad, estaban formados en su mayoría por extranjeros reclutados durante la propia expansión territorial y se obtenían del mismo modo que los soldados dentro de las antiguas fronteras de Francia: por reclutamiento obligatorio. Además, Napoleón concedió títulos nobiliarios a sus generales y aliados. En muchos aspectos, fue un restaurador, de una forma especialmente literal al reinstaurar la esclavitud en las colonias francesas, algo que había abolido el gobierno revolucionario en 1793 y 1794. El imperio napoleónico no resultó ser una ampliación de una nueva Francia sino un Estado claramente diferenciado en el que algunas secciones quedaban incorporadas dentro de su núcleo principal, otras eran

²⁵ Este razonamiento se explora con mayor profundidad en mi capítulo «Empires, States, and Political Imagination», de *Colonialism in Question*. Véase también D. LIEVEN, *Empire: The Russian Empire and Its Rivals*, New Haven, Yale University Press, 2000.

gobernadas por sus parientes, otras por antiguas dinastías que cooperaban con el régimen, otras mediante una autoridad militar directa, o a través de algún sistema de alianzas²⁶. Sus aventuras allende los mares, en el Caribe y Egipto suelen separarse de su imperio supuestamente continental por el mero hecho de que fracasaron.

La historia de Napoleón subraya dos de los aspectos básicos que propongo: la Ilustración y la Revolución Francesa no dieron lugar a un nuevo tipo de colonialismo. Se hicieron *disponibles* nuevos tipos de razonamientos y nuevos modos de establecer debates... y ése es el segundo punto. Dichos razonamientos podían ser empleados no sólo por los arquitectos de tipos diferentes de regímenes coloniales sino también por sus oponentes para minar el gobierno colonial en lugar de para profundizarlo y refinarlo. Además, se unieron a un viejo problema: los límites para el poder en espacios muy amplios, las consecuencias impredecibles de gobernar a través de distintas jerarquías de intermediarios, los peligros de tener que hacer frente no sólo a sujetos individuales, sino también a colectivos... En breve regresaré a este punto.

Podemos rastrear las dudas en los modos imperiales de autoridad y en los conflictos que éstos originaron a lo largo de los siglos XIX y XX. Ya he esbozado algunas de las contradicciones posteriores a las conquistas de finales del siglo XIX en África, por lo que ahora me centraré en la fase final de la historia de los imperios. Allí podremos ver lo reducido del espacio en el que aparece el mundo moderno de naciones-Estados. La naturaleza supranacional de Gran Bretaña se escribió con sangre durante dos guerras mundiales en las que los habitantes de los dominios y colonias (más claramente por voluntad propia en el caso de los primeros) lucharon por defender a la madre patria. En 1948, el Parlamento aprobó una ley sobre nacionalidades que creó una ciudadanía de segunda fila dentro del imperio derivada de la ciudadanía en los dominios pero, para evitar acusaciones de exclusión racial, la extendió también a las colonias. La ley permitía la entrada de los súbditos coloniales a las Islas Británicas y se mantuvo en vigor (a pesar de los recelos xenófobos) hasta bien entrada la década de 1960²⁷. Francia sustituyó la denominación de imperio por la de Unión Francesa en 1946 y por la de Comunidad Francesa en 1958, aunque resulta fácil despreciar a ambos nombres como intentos vanos por evitar lo inevitable, lo que haría que perdiéramos de

²⁶ M. BROERS, «Napoleon, Charlemagne, and Lotharingia: Acculturation and the Boundaries of Napoleonic Europe», en *The Historical Journal*, 44, 2001, p. 136; M. BROERS, «Europe under Napoleon», en *Conference on "Empires in Modern Times"*, Institut des Hautes Études Internationales, Ginebra, marzo 2003; S. WOOLF, *Napoleon's Integration of Europe*, Londres, Routledge, 1991.

²⁷ K. PAUL, *Whitewashing Britain: Race and Citizenship in the Postwar Era*, Ithaca, Cornell University Press, 1997.

vista el gran esfuerzo realizado para que funcionaran y cuántos de los movimientos políticos surgidos en África se centraron en utilizar estas instituciones en lugar de (hasta prácticamente el final) escapar de ellas. Las ideas incluyentes de Unión y Comunidad resultaron insuficientes y llegaron demasiado tarde para evitar las revoluciones ocurridas en Indochina y Argelia. En el África subsahariana, los activistas políticos abandonaron la idea de una Gran Francia. La lógica de la ciudadanía francesa, que se había extendido a todos sus súbditos en 1946, fue la base sobre la que se fundó el creciente número de reclamaciones que se presentaron ante el Estado francés para conseguir una situación económica y social equivalente para todos los ciudadanos, tanto los originarios de Timbuktú como los de Lille. Los sindicatos estuvieron entre quienes lograron mayores éxitos al conseguir la jornada laboral de 40 horas semanales, salarios más altos y prestaciones para las familias según el modelo francés. Los legisladores franceses tuvieron que volver a plantearse lo que realmente significaba que el imperio fuera una unidad de práctica y legitimidad políticas si esta postura conllevaba la posibilidad de que se presentaran peticiones pertinentes basadas en ella²⁸.

Ya podemos decir que ha aparecido algo nuevo en esta parte de la historia, y, de hecho, muy nuevo en algunos aspectos. La inflexión ocurrida tras la Segunda Guerra Mundial es esencial, en gran medida porque la reciente implantación del Estado del bienestar dentro de la metrópoli hizo que aumentara lo que había en juego con la incorporación en una unidad que pudiera denominarse “francesa” o “británica”. La política de incorporación y diferenciación tenía que redefinirse, tal como había ocurrido en 1848, 1870 o 1914, a la luz de las condiciones concretas que se daban en la presente coyuntura histórica. Debemos analizar con cuidado todos estos cambios en los términos del razonamiento, no asumir que la esencia de la modernidad colonial se fue esparciendo a lo largo de dos siglos, menos todos los debates.

También debemos analizar con bastante atención el espacio del imperio. El concepto de ciudadanía no fue en ningún caso plenamente aceptado en la Europa del siglo XIX, pero sí resultó útil para hacer peticiones. Lo que no acaba de cuadrar en la historia habitual de la ciudadanía es la parte que desempeña el imperio en ella. El súbdito colonizado, en lugar de estar “ahí fuera” todo el tiempo está en una posición mucho más ambigua en lo que respecta al Estado. El concepto de que la formación del Estado en la Europa del siglo XIX des-

²⁸ Véase COOPER, *Decolonization and African Society*, capítulos 10 y 11 sobre la comprensión por parte del gobierno francés de que la lógica de la inclusión imperial estaba resultando prohibitiva desde un punto de vista económico, y mi investigación actual mostrará las posibilidades y contradicciones del concepto de ciudadanía tras la guerra.

plegara un papel exclusivamente nacional y que la colonización fuera una expresión de dicho poder nacional, dirigido contra un “otro” claramente definido resulta inadecuada para analizar los imperios supuestamente modernos.

4. IMPERIO Y CAPITALISMO

Los capitalistas han sido lo suficientemente flexibles para beneficiarse y deshacerse de los imperios coloniales; han contado con una gran variedad de medios (y necesitado una gama de mecanismos coercitivos y administrativos de apoyo) para integrarse en las distintas partes del mundo; y se han encontrado con límites y obstáculos para ello. El transcurso de este desigual desarrollo nos servirá para explicar por qué las potencias europeas occidentales estaban en disposición de conquistar nuevos territorios a finales del siglo XIX, mientras que los Imperios Otomano y Chino, por el contrario, se encontraban a la defensiva, y por qué las potencias europeas no dieron el máximo uso a su poder para rehacer las sociedades que conquistaron. Al mismo tiempo, el hecho de que el imperio fuera un espacio político nos ayuda a comprender por qué se debatieron con tanto fervor la esclavitud, los trabajos forzados y la enajenación de tierras durante los siglos XIX y XX en Francia y Gran Bretaña y no se consideraban simplemente como un medio aceptable de acumular riqueza en “otros” lugares. Sin duda alguna, la evolución de las relaciones capitalistas de producción en Europa cambió el contexto y las posibilidades del imperio, pero esto no ocurrió uniformemente.

Las plantaciones de esclavos de los siglos XVII y XVIII desempeñaron un papel crucial en la creación de una economía más integradora entre Europa, América y África, que favoreció la existencia de funciones diferenciales durante un gran lapso de tiempo. La historia necesita al imperio en algunos de sus aspectos más básicos. No hubiera sido posible trasladar tal cantidad de mano de obra tan lejos teniendo que luchar contra competidores imperiales si no se hubiera contado con un lugar bien protegido al que enviar a los trabajadores, y se requería la capacidad coercitiva de los Estados para garantizar la disciplina sobre masas tan ingentes de esclavos en las plantaciones industriales de azúcar. El sistema general mezclaba la producción con mano de obra esclava en las colonias, la producción no en manos de esclavos y el consumo en la metrópoli, la venta de alimentos procedentes de colonias que no contaban con esclavos a otras que sí los tenían y la compra de esclavos procedentes de lugares fuera del imperio, donde los mecanismos o las consecuencias de la esclavitud y el movimiento hasta los puntos de venta

en la costa no preocuparon a los funcionarios o a los hacendados británicos durante algún tiempo²⁹.

La mera existencia del imperio no explica el hecho de que la economía de Gran Bretaña dejara tan atrás a otras sociedades europeas que también contaban con imperios tropicales, pero una explicación interactiva de los cambios ocurridos tanto en las Islas Británicas como fuera de ellas nos ayudará a explicar por qué pudieron utilizarlo de una forma tan dinámica. El comercio imperial y el Estado se dieron forma mutuamente: los gastos militares obligaron al Estado a consolidar la fiscalidad y a potenciar el sector bancario; los éxitos militares, especialmente por parte de la armada, hicieron que el comercio fuera más seguro; las fuentes externas de beneficios para los comerciantes les hicieron menos dependientes de vínculos paternalistas o corporativistas en su país y permitieron a las elites comerciales superar la resistencia a la expropiación de tierras o la supresión de los derechos artesanales, y la subsiguiente acumulación de capital permitió que Gran Bretaña fuera capaz de producir más bienes de bajo coste para los mercados exteriores y el éxito comercial permitió que los dirigentes confiaran en los argumentos de los economistas políticos con respecto al libre comercio y al valor universal de un trabajo que fuera tanto libre como disciplinado³⁰.

Pero si el rumbo del poder económico europeo necesitaba del imperio en algunos aspectos, en ciertos momentos y casos la conquista y administración de las colonias no resultaba tan esencial. La creciente fortaleza económica (junto con la ventaja política y militar que Gran Bretaña consiguió durante las décadas posteriores a su victoria sobre Napoleón) nos permite explicar por qué este país se pudo beneficiar durante gran parte del siglo XIX de lo que Ronald Robinson y John Gallagher denominaron el “imperialismo del libre comercio”³¹. De hecho, las autoridades británicas desarrollaron un repertorio de modos con los que poder ejercer su poder en el extranjero y todo él fue de gran importancia para un Estado que era el responsable de un capital móvil y de un comercio de larga distancia. Dado el papel crucial que desempeñaron

²⁹ El estudio pionero sobre los orígenes atlánticos del capitalismo es: E. WILLIAMS, *Capitalism and Slavery*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1944. Muchos de los argumentos concretos de Williams se han criticado de forma eficaz, pero no su opinión de que el capitalismo y la esclavitud deberían estudiarse uno en relación con el otro y dentro del ámbito del mundo atlántico.

³⁰ Thomas Brady hace una separación excesivamente cuidadosa al establecer las «dos caras de los constructores de los imperios europeos: saqueadores, traficantes de esclavos extorsionadores en el extranjero; comerciantes prudentes incumplidores de la ley en casa» («The Rise of Merchant Empires, 1400-1700: A European Counterpoint», en TRACY, *Merchant Empires*, 160). El desarrollo capitalista fue brutal también en la metrópoli y el imperio de la ley fue un instrumento de acumulación y consolidación en el extranjero.

³¹ R. ROBINSON y J. GALLAGHER, «The Imperialism of Free Trade», en *Economic History Review*, 2.ª serie, 6, 1953, pp. 1-15.

los mercados financieros de la City de Londres, además de la armada británica, Gran Bretaña podía salirse frecuentemente con la suya gracias a la diplomacia del cañón en lugar de enviar a administradores o a la policía, y podía presionar a los gobiernos otomano o chino para que firmaran tratados desiguales que concedieran privilegios comerciales y de extraterritorialidad, así como su supervisión directa de las rentas de las aduanas y los pagos de deudas. Podía permitirse ser el paladín del “libre comercio”, aunque frecuentemente practicara algo más regulado de lo que supuestamente defendía³².

El imperialismo era algo más que el ejercicio de varias formas de poder para conseguir una ventaja económica. La decisión de Gran Bretaña de abolir el comercio de esclavos por parte de sus ciudadanos (1807) y la posterior abolición de la esclavitud en sus colonias (1834), así como el uso de su poder diplomático y naval para que otros también abandonaran el comercio de esclavos no puede explicarse estrictamente en términos económicos. La abolición afectó muy gravemente al sector azucarero en las islas del Caribe pertenecientes a Gran Bretaña y benefició a la colonia española de Cuba, que mantuvo la producción esclavista hasta 1886³³. David Brion Davis sostiene que fueron las consecuencias ideológicas más que las limitadas repercusiones económicas del desarrollo capitalista las que impulsaron al movimiento abolicionista. Si las elites debían presentar una visión del mundo coherente que hiciera del trabajo remunerado (despojado de las protecciones de la comunidad y del paternalismo) una parte natural de la vida, difícilmente podrían defender a la vez la esclavitud. A importantes segmentos del público británico les importaba que se estuviera tratando a esclavos con los que apenas compartían alguna identificación cultural (en posesiones británicas que nunca habían visto) de algún modo que manchara su bandera³⁴.

Los defensores de la expansión tenían que lidiar con una realidad cambiante en África en una era de comercio creciente, aunque incierto, en las costas de este continente. La teoría “periférica” de Robinson y Gallagher del imperialismo de fines del siglo XIX afirma que las conquistas no se originaron como consecuencia de imperativos debidos a cambios económicos y políticos en Europa sino por las tensiones exis-

³² P. J. CAIN y A. G. HOPKINS, *British Imperialism, 1688-2000*, 2.ª ed., Londres, Longman, 2003.

³³ S. DRESCHER, *Econocide: British Slavery in the Era of Abolition*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1977.

³⁴ D. B. DAVIS, *The Problem of Slavery in the Age of Revolution*, Ithaca, Cornell University Press, 1975; S. DREACHER, *Slavery and Capitalism: British Mobilization in Comparative Perspective*, Nueva York, Oxford University Press, 1987; C. L. BROWN, «Empire without Slaves: British Concepts of Emancipation in the Age of the American Revolution», en *William and Mary Quarterly*, 56, 1999, pp. 273-306.

tentes dentro de los antiguos modos de interacción entre Estados europeos y africanos que llevaron a un colapso de la “periferia” y que, a su vez, dado el gran desequilibrio en potencial militar, tuvo como resultado la conquista³⁵.

Sin embargo, el “nuevo” imperialismo, especialmente la denominada carrera por África, que abarcó desde la década de 1870 hasta el fin de siglo, no puede entenderse si no se hace en referencia a las “viejas” rivalidades entre los imperios. A la idea de un desplome del imperialismo de libre comercio en su periferia debemos añadir los cambios ideológicos en los europeos, cada vez más conscientes del lugar que debían desempeñar en el avance del progreso humano, que los llevaron a actuar de un modo que parece chocar con el militarismo de la vieja escuela. Ideas tales como la salvación de África de la esclavitud y la tiranía, al igual que las anteriores de salvar las almas de los paganos al hacer que formaran parte de un Imperio Cristiano (o, ya que nos ponemos, de uno islámico), no explican las causas del estallido de conquistas imperiales ocurrido a finales del siglo XIX, pero sí ayudan a comprender cómo se pudo explicar dicha conquista a un público que era bastante escéptico en muchos aspectos.

Y tampoco pueden explicar los desplomes periféricos, el motivo por el que Gran Bretaña se encontraba en la periferia, aunque sí es importante contemplar el abanico de opciones disponible para ejercer el poder económico y político. Evidentemente, existía el capital para un mundo más extenso, siempre estaba buscando nuevas posibilidades y tenía una necesidad concreta de materias primas de origen tropical; Gran Bretaña contaba con una gran experiencia en utilizar el imperio entre sus técnicas para tratar con esta clase de asuntos y disponía de cabezas de playa en muchos lugares que podían ampliarse a un coste muy reducido si fuera necesario. Además, había partidos muy influyentes dentro de las sociedades europeas que apoyaban un fuerte intervencionismo y, a veces, un control formal. Y luego estaban los escépticos, que creían que sería suficiente con comprar cosechas a los africanos, cada vez más cerca de los mercados de exportación, sin que fuera necesaria una intervención militar y administrativa (peligrosa y moralmente comprometida) en África³⁶.

Más importante todavía es el viejo factor del imperio en el escenario del mundo: la Europa de la década de 1870 no era un continente de

³⁵ R. ROBINSON, «Non-European Foundations of European Imperialism: Sketch for a Theory of Collaboration», en R. OWEN y B. SUTCLIFFE (comps.), *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, Longman, 1972, pp. 117-142; R. ROBINSON y J. GALLAGHER, *Africa and the Victorians: The Official Mind of British Imperialism*, Nueva York, St. Martin's Press, 1961.

³⁶ CAIN y HOPKINS; C.-R. AGERON, *France coloniale ou parti colonial?*, op. cit.

naciones-Estado sino de imperios, tanto los viejos como los emergentes. Fue precisamente el hecho de que el número de actores importantes fuera muy reducido y que se pensara en términos supranacionales, lo que hizo que los patrones cambiantes de interacción económica se volvieran una lucha. Gran Bretaña disponía de múltiples posibilidades de conseguir los recursos tropicales y podía permitirse una gran cantidad de fallos. Sin embargo, se temía que otras potencias imperiales (tales como Alemania, Francia y Bélgica) pudieran conseguir un acceso exclusivo a fuentes de suministros vitales o a comercios lucrativos y el que un número limitado de potencias imperiales europeas realizara negocios con Estados africanos más débiles y divididos podría significar que en cuanto una potencia europea comenzara a reclamar territorios o un acceso exclusivo a ciertas partes de África, otros tendrían que intensificar una colonización preventiva.

No sorprende que Gran Bretaña no fuera la primera en mover pieza y aun así acabara con las mejores porciones del pastel africano. La paradoja de la competencia imperial era que todas las potencias iban tras nuevos recursos imperiales y temían ser excluidas de otros espacios, pero también temían que conseguir demasiados recursos para la defensa o desarrollo de su imperio pudiera poner en peligro a la metrópoli, y de ahí que surgiera la doctrina de que las colonias deberían sufragarse individualmente, lo que incluía los costes de su propia represión. De este modo, el imperio aparece dentro del repertorio (aunque sin coincidir con él) de acciones por las que las potencias cada vez más industrializadas de Europa iban extendiendo su influencia en ultramar, limitadas por los costes en concepto de administración de unos territorios tan extensos y las alternativas que los intereses económicos ponían a su disposición. En realidad, el centro del “nuevo imperialismo” de África recibió unas inversiones de capital bastante escasas. Los dominios, las viejas colonias y, especialmente, otros países industrializados de Europa y Norteamérica fueron los receptores de la mayor parte de las inversiones británicas durante la década de 1930; África, con la excepción de Sudáfrica, que ya contaba con un gobierno autónomo, no recibía más que una miseria en comparación³⁷.

Durante esos decenios, se fueron labrando aquellas islas de productividad para la exportación: las zonas mineras quedaban rodeadas por vastas zonas de captación de mano de obra; las áreas de asentamiento de población blanca en las que los granjeros recibían ayudas del Estado para la contratación y disciplina de la mano de obra, y áreas de cultivo

³⁷ S. H. FRANKEL, *Capital Investment in Africa: its Course and Effects*, Londres, Oxford University Press, 1938; CAIN y HOPKINS, *British Imperialism*, y J. MARSEILLE, *Empire colonial et capitalisme français*, *op. cit.*

por parte de los granjeros nativos, de tamaño pequeño o mediano y que empleaban trabajadores de la familia, arrendatarios y clientes, y, alguna que otra vez, trabajadores remunerados. Los intentos de crear un capitalismo indígena o de colonos tropezaron con la dificultad de acceso para la mayoría de los africanos a los recursos del terreno, incluso en el caso de que fueran conseguidos por enajenación, con que las economías coloniales abrieran nuevos nichos que no eran otra cosa que alternativas a la sumisión al hacendado, y que éstos no necesariamente quisieran seguir las reglas del juego de la economía del trabajo remunerado. La infraestructura se centraba en los angostos caminos de la economía de importación-exportación. Las economías coloniales favorecían el sector urbano, pero no esta clase de sociedad, con los recursos materiales y sociales necesarios para que los trabajadores pudieran ganarse la vida o para que los funcionarios le dieran forma. Tales estructuras permitieron que algunas compañías consiguieran enormes beneficios, pero también daban toda clase de incentivos para que los africanos encontrarán alternativas a su implicación total en el trabajo remunerado o en el sector de los cultivos comerciales³⁸.

El que la economía colonial tuviera un rendimiento tan mediocre facilitó que las potencias coloniales pudieran librarse de los trastornos surgidos como consecuencia de la Gran Depresión de 1929 en un paisaje que no tenían que examinar. No obstante, a finales de esta década, los funcionarios británicos empezaron a reconocer que incluso las débiles economías de África y las Antillas produjeron unos trastornos sociales, en especial en los reducidos canales de comunicación y las islas de producción con mano de obra remunerada. Cuando aumentó la producción, aunque lo hiciera de forma titubeante, comenzó una ola de huelgas, de Barbados a Mombasa, hasta que, finalmente, la Oficina Colonial se puso seria en la preparación de un programa de desarrollo económico³⁹.

En un principio, Francia y Gran Bretaña reaccionaron a los efectos devastadores de la Segunda Guerra Mundial tratando de volver a asegurar y a revitalizar aquellas partes de sus imperios que habían conseguido mantener, en especial, las que se encontraban en África. Se esforzaron por hacer que la idea del desarrollo se convirtiera en un mecanismo

³⁸ Para acceder a un resumen de la ingente literatura disponible, véase F. COOPER, «Africa and the World Economy», en COOPER *et al.*, *Confronting Historical Paradigms*, Madison, University of Wisconsin Press, 1993. Sobre las relaciones de propiedad agraria, véase S. BERRY, *No Condition is Permanent: The Social Dynamics of Agrarian Change in Sub-Saharan Africa*, Madison, University of Wisconsin Press, 1993.

³⁹ F. COOPER, «Modernizing Bureaucrats, Backward Africans, and the Development Concept», en F. COOPER y R. PACKARD (comps.), *International Development and the Social Sciences: Essays in History and Politics*, Berkeley, University of California Press, 1997, pp. 45-92.

que les permitiera proclamar la legitimidad de su gobierno, reconstruir la maltrecha economía imperial y elevar el nivel de vida de las poblaciones coloniales.

En el África francesa y británica, los regímenes coloniales se iban descomponiendo según quedaban atrapados por dos polos bien diferentes: el peligro de una confrontación revolucionaria y el incremento en las demandas que amenazaban con convertir la retórica de legitimidad imperial en afirmaciones que aseguraban una igualdad de derechos, de voz y de nivel de vida. Si ya no resultaba políticamente factible una versión barata del imperio, los gobiernos nacionales de la metrópoli se tendrían que preguntar si los contribuyentes estarían dispuestos a pagar los costes que conllevaba hacer real la incorporación al imperio de sus súbditos más pobres, los costes de la represión contra los que querían abandonarlo o (con mayor probabilidad) ambas situaciones ⁴⁰.

De nuevo, los capitalistas ofrecían una postura ambivalente con respecto al imperio propiamente dicho puesto que se acogían a la protección y ventajas que ofrecían los regímenes coloniales a las compañías con base en Europa que operaban en sus colonias, siempre dispuestas a convertir las iniciativas de desarrollo colonial en mayores oportunidades de negocio para ellas, pero permanecían recelosas a la hora de dedicar recursos propios y ante los costes y peligros de una gobernación política continuada. Podrían pensar en las ventajas que conseguirían al operar directamente con cualquiera de los estados que pudieran surgir tras su independencia. Como Jacques Marseille señala en el caso de Francia, las compañías veían cada vez más posibilidades en la rápida expansión del comercio entre distintos países europeos y muchas de ellas creyeron que el emergente Mercado Común sería más seguro y rentable que las empresas coloniales ⁴¹.

A mediados de la década de 1950, incluso los gobiernos francés y británico estaban dedicando más tiempo que nunca a plantearse los costes y beneficios de ciertas colonias en particular y de todas ellas en general. Las ganancias no parecían muy seguras y los costes potenciales eran elevados. Para 1956 o 1957, Gran Bretaña y Francia se estaban planteando pasar sus obligaciones (y su poder) a las elites aspirantes en el interior de las colonias con la esperanza de que una conexión postcolonial positiva fuera más útil que una cara y conflictiva relación colonial ⁴².

⁴⁰ Wm. R. LOUIS y R. ROBINSON llaman "imperio a lo barato" a las "condiciones del contrato metropolitano" con el votante. «The Imperialism of Decolonization», en *Journal of Imperial and Commonwealth History*, 22, 1994, p. 464.

⁴¹ MARSEILLE, *Empire colonial et capitalisme français*. Véase también CAIN y HOPKINS, *British Imperialism*.

⁴² COOPER, *Decolonization*, capítulo 10.

Fue el imperio en su guisa más intervencionista el que cayó el primero; Portugal se mantuvo otra década más.

El imperio, como fórmula política, no podría nunca ser tan flexible como llegó a serlo el capitalismo, en tanto que sistema de relaciones económicas. Regir un imperio dependía de una jerarquía de relaciones y de un cierto grado de estabilidad dentro de un sistema de mando. Además, un sistema mundial de este tipo depende, hasta cierto punto, de una aceptación mutua de las fronteras territoriales. El capitalismo, como demostró claramente Marx, era un sistema solvente, capaz de acercar mediante el intercambio de mercancías a pueblos y bienes que habían estado existiendo en una gran variedad de relaciones sociales, y el trabajo se había convertido también en una mercancía con un elevado grado de movilidad. Las relaciones capitalistas de producción nunca se propagaron por el mundo de un modo tan uniforme como Marx creía que ocurriría y la irregularidad de las relaciones de producción significó que, en algunas situaciones, el capital operaba más allá de las fronteras nacionales mientras que en otras dependía de que Estados intervencionistas y comprensivos crearan las condiciones necesarias para que se pudieran conseguir beneficios. Lo que el capital no podía hacer, sin importar los cambios tecnológicos y organizativos que promoviera ni los modos en los que potenciara cambios en las interacciones en el espacio y con las diferencias existentes, era borrar las limitaciones inherentes a los imperios. Y en último término, los capitalistas aprendieron a vivir sin éstos.

5. ALTERNATIVAS A LOS IMPERIOS

Lo que realmente era novedoso a finales del siglo XVIII no era que hubiera una visión diferente del imperio sino la posibilidad de imaginar dos alternativas posibles: un imperio-Estado que llevara las implicaciones de la Revolución Francesa a su conclusión lógica por todo el imperio o la disgregación de las distintas partes del imperio de forma que no se reprodujeran exactamente las estructuras políticas conocidas sino otras nuevas. Aquí no tenemos que contentarnos con estudiar las ya conocidas revoluciones francesa y americana sino que analizaremos también la de Santo Domingo, de 1791-1804. La revolución haitiana y el intento fallido de Napoleón de suprimirla dio verosimilitud a la posibilidad de un cambio radical al orden imperial de una forma más amenazante socialmente que la revuelta de las elites criollas de Norte y Sudamérica. Pero la revolución de Haití no comenzó inicialmente como una revuelta contra el imperio sino como un movimiento de emancipación *dentro* del espacio que conformaba Francia. Lo que estaba en juego en la revolución haitiana era el “universo” en el que habrían de aplicarse los derechos

universales. Apenas se había publicado la declaración en París, los hacendados blancos de Santo Domingo exigieron hacerse oír. Las *gens de couleur*, propietarios de tierras y de esclavos y con un origen racial mestizo también presentaron una reclamación similar. Entonces, en 1791, los esclavos de Santo Domingo, el mayor productor de azúcar del mundo, se sublevaron, aprovechándose de la confusión entre los gobernantes imperiales, pero también reflejando el conocimiento sobre la política francesa que les habían transmitido los esclavos libertos cultos y los que trabajaban en los barcos como marineros.

El Estado revolucionario francés se encontraba en la disyuntiva de considerar a las colonias como simples productores de azúcar para la Francia continental o de tomarse en serio las reclamaciones de los rebeldes relativas a que los derechos del hombre debían aplicarse a toda Francia. La contrarrevolución de los realistas y las invasiones de imperios rivales, concretamente, Gran Bretaña y España, pusieron al Estado en un aprieto: necesitaban que sus esclavos lucharan contra sus enemigos. Una mezcla de pragmatismo e ideología dentro del área del imperio hizo que el gobernador aboliera la esclavitud en Santo Domingo en 1793. La esclavitud fue abolida en 1794 en las demás colonias francesas y los líderes políticos esperaban reclutar un ejército de ciudadanos negros para poder salvaguardar las provincias de ultramar más valiosas para Francia. El líder rebelde, Toussaint l'Ouverture, se puso como objetivo la abolición de la esclavitud y que se aceptara como ciudadanos a los antiguos esclavos dentro de una Francia que aplicara su noción de derechos a todo el imperio. Resumiendo, no estaba buscando una alternativa al imperio sino alternativas dentro del imperio: convertir realmente a Francia en un imperio de libertad y ciudadanía⁴³.

Toussaint no tuvo éxito, pero tampoco lo tuvo el Estado francés, puesto que Santo Domingo se independizó en 1804. Toussaint creía tanto en la posibilidad de rehacer el Imperio Francés que se dejó embaucar por los emisarios de Napoleón y se rindió. Sus sucesores continuaron con la lucha y, con la ayuda de otros imperios (los intentos británico y español de hacerse con la vulnerable colonia francesa) y muy especialmente de los microbios tropicales que diezmaban a las tropas francesas, frustraron el intento de reconquista y de vuelta a la esclavitud.

La independencia de Haití era un objetivo que surgió durante el transcurso de la lucha; no era la meta inicial de los líderes de la revuelta, pero en 1804 se hizo realidad... y, de este modo, se convirtió en una alterna-

⁴³ C. L. R. JAMES, *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*, 2.^a ed., Nueva York, Vintage, 1963; orig. publ. 1938; M.-R. TROUILLOT, *Silencing the Past: Power and the Production of History*, Boston, Beacon, 1995; L. DUBOIS, *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*, Cambridge, Harvard University Press, 2004.

tiva. Algunos de los primeros gobernantes de Haití coquetearon con títulos tales como el de rey o, incluso, el de emperador, pero lo único que consiguieron fue la soberanía sobre parte de la isla. A Francia le resultaba imposible reconocer esta alternativa, tal como ocurría con otras potencias europeas. El destino de Haití debía tratarse como si fuera el de un paria, no como la vanguardia de la liberación colonial. Se debatió extensamente si el modo de prevenir más levantamientos como el de Haití debería ser a través de un gobierno firme o desplegando unas actitudes más complacientes hacia los derechos de los súbditos de las colonias, mas era un caso que debía analizarse, aunque sólo fuera para ponerlo en cuarentena. Pero los antiguos esclavos extendieron su mensaje por todo el Caribe: el mensaje de que la emancipación era una posibilidad imaginable⁴⁴.

La revolución haitiana nos obliga no sólo a yuxtaponer la retórica libertadora de la Revolución Francesa al “lado oscuro de la modernidad” que se mostraba en el colonialismo, sino, además, a mirar a su relación de forma dinámica, como reclamaciones, contrarreclamaciones y luchas. Lo que realmente son la ciudadanía o los derechos es menos interesante que el modo en que tales conceptos se *emplean* en la presentación de reclamaciones y en la creación de movimientos sociales. La revolución haitiana comenzó dentro de una postura política marcada por un discurso revolucionario y en el espacio que abarcaba el imperio, y terminó fuera de ambos. Pero los temas de la ciudadanía y del imperio volverían repetidas veces: en los debates sobre la esclavitud en el Imperio Británico durante la década de 1830 y en el francés en 1848, en los debates acerca de las atrocidades coloniales ocurridas a principios del siglo XX, en relación con las contribuciones militares de los súbditos de las colonias en la Primera Guerra Mundial y en la crisis del colonialismo de desarrollo tras la Segunda Guerra Mundial.

En 1938, el activista caribeño C. L. R. James publicó su famoso libro sobre la Revolución Haitiana, *The Black Jacobins*, justo cuando estaban estallando las huelgas y los motines en las Antillas Británicas y se estaban volviendo a abrir temas como los de la explotación, la pobreza y la injusticia en el imperio. James intentó devolver la Revolución al lugar que le correspondía a la vanguardia de la liberación y esperaba poder ver el cumplimiento de ese papel en el Imperio Británico además de en el francés⁴⁵.

⁴⁴ J. SCOTT, «The Common Wind: Currents of Afro-American Communication in the Era of the Haitian Revolution», Tesis doctoral, Duke University, 1986; D. B. GASPAR y D. P. GEGGUS (comps.), *A Turbulent Time: The French Revolution and the Greater Caribbean*, Bloomington, Indiana University Press, 1997.

⁴⁵ JAMES, *Black Jacobins*.

Contemplamos aquí una condición de posibilidad, una categoría de no-imperio disponible para los esclavos, los campesinos y los oprimidos del mundo. Los imperios del siglo XIX, al igual que ocurría en los que los precedieron, no podían tratar a las colonias completamente como externas a su gobierno europeo, como la primitiva otredad que marcaba la modernidad de Europa y que servía a sus necesidades. Tampoco podían convertir el espacio del imperio en arcilla para darle la forma con la que el gobernante imperial de turno quisiera transformarla. Y los imperios de la Europa occidental no podían llevar a cabo un diálogo imperio-colonia dejando de lado las distintas formas de poder imperial con las que compartían el mundo hasta llegar a la mitad del siglo XX: desde los Imperios de Rusia y, posteriormente, la Unión Soviética, a los de Japón, Alemania y el coloso norteamericano.

6. LA PARADOJA DE LA HISTORIA DE LOS IMPERIOS

La paradoja de la historia de los imperios de los siglos XIX y XX, vista desde la perspectiva de la historia más amplia en la que se centra este volumen, es que los Estados aparentemente más poderosos crearon los imperios de menor duración. Francia, Gran Bretaña, Alemania y Bélgica se aprovecharon de contar con la mayor distancia tecnológica de la que hayan podido gozar cualesquiera otros imperios de la historia; parecían rebosar confianza en sí mismos por ser tan modernos. No obstante, el “nuevo imperialismo” apenas duró 70 años, en comparación con los siglos de los Imperios Ruso, Otomano, Español, Portugués, Chino o el de los Habsburgo, pese a todos movimientos ocurridos en sus fronteras, el cambio de dinastías y el grado de influencia que pudieron ejercer. Durante esos 70 años, estos imperios mostraron una postura ambivalente en lo que respecta a recrear las sociedades que gobernaban y tuvieron que realizar el mismo tipo de tratos con los intermediarios y las elites locales que los imperios antiguos. Tampoco alcanzaron nunca una estabilidad ideológica, y oscilaban entre afirmaciones de superioridad racial a otras según las cuales tenían una misión civilizadora, incapaces de hacer frente a las incertidumbres, gastos y conflictos que resultaban de estas visiones. Durante los últimos años de gobierno colonial, Francia y Gran Bretaña finalmente tomaron un partido decidido hacia uno de los extremos del espectro de la inclusión-diferenciación, al repudiar la discriminación racial y afirmar que (tras 50 años sin apenas logros) ahora por fin el imperio iba a dedicarse a modernizar la sociedad. Y ése fue el momento en el que se derrumbó el imperio, incapaz de gestionar los conflictos que habían desencadenado sus intervenciones y poco dispuestos a pagar el coste de las reclamaciones que se les estaban haciendo en el nombre de una ciudadanía imperial que se estaba abriendo a todos.

Durante la década de 1960 apareció un mundo de naciones: no sólo naciones-Estado como Senegal o Ghana, sino como Francia y Gran Bretaña, que finalmente dejaron de pensar como imperios y empezaron a hacerlo como naciones-Estado. Así pues, esta forma de gobierno ha sido una unidad política generalizada durante un período bastante breve de la historia del mundo, y se ha visto rápidamente comprometido por el desarrollo de organizaciones supranacionales en Europa y por la posibilidad de que otras formas de cooperación internacional vayan limando la división del mundo en distintos Estados soberanos independientes.

7. ¿EL ÚLTIMO IMPERIO MODERNO?

Sin duda resulta irónico que a principios del siglo XXI se haya vuelto a hablar de imperios con fuerzas tan renovadas. Primero lo hicieron los estudiosos de izquierdas que utilizan la palabra “imperio” para acusar a Estados Unidos de actuar de forma imperiosa, si no imperial, sin prestar atención a las normas de soberanía y cooperación; y posteriormente lo hicieron los expertos de derechas, quienes afirman que Estados Unidos debería asumir la responsabilidad imperial resultante de su poder militar y económico y utilizarla para resolver los problemas en algunas partes del mundo que no consiguen dirigirse debidamente por sí mismas. Ninguno de estos razonamientos utiliza el concepto con demasiada precisión: un “imperio” conlleva la incorporación a un Estado además de la ocupación, y difícilmente se podría decir que ése es el objetivo de Estados Unidos en Irak o Afganistán. En ambos casos se emplea la palabra para evocar desviaciones de lo que ha sido una norma de la soberanía generalizada: por un lado, para acusar a Estados Unidos de actuar en forma anormal y, por otro, para aseverar que algunas partes del mundo no son capaces de actuar como lo hacen los Estados normales: el problema es de los “Estados canallas” o de aquellos pueblos que no son capaces de gobernarse. La falta de precisión del vocabulario hace que sea más difícil situar las opciones políticas reales dentro de las posibilidades existentes ⁴⁶.

Pero pensar sobre imperios históricos nos ayuda a tener una cierta perspectiva sobre las situaciones actuales y no sólo en el sentido negativo de señalar las diferencias fundamentales con la coyuntura presente. Hay algunas cosas que ya hemos visto con anterioridad y que nos vendría muy bien recordar. En primer lugar, las afirmaciones que están rea-

⁴⁶ Encontrará revisiones escépticas de esta floreciente literatura en G. J. IKENBERRY, «Illusions of Empire: Defining the New American Order», en *Foreign Affairs*, 83, 2, 2004, pp. 144-154, y F. COOPER, «Empire Multiplied», en *Comparative Studies in Society and History*, 46, 2004, pp. 247-272.

lizando ciertos portavoces americanos según las cuales están actuando en nombre de una visión universalista, en este momento en defensa de la democracia electoral y de las economías de mercado, no dejan de estar relacionadas con el comercio, el Cristianismo y la civilización que definieron el imperialismo británico del siglo XIX, los imperios cristianizantes de la España del siglo XVI, o los imperios universales de Alejandro Magno y de Roma. Las afirmaciones universalizadoras dentro de las prácticas particulares de la conquista y gobiernos imperiales no son un fenómeno específicamente “moderno”, como tampoco lo es el hecho de que dichas afirmaciones a menudo provocan resentimientos y conflictos, además de que se realicen otras afirmaciones universales en contra del gobierno imperial. Podemos estar bastante seguros de que también hoy seguirán manteniendo su importancia los argumentos que rebatan dichas afirmaciones universalizadoras.

En segundo lugar está la relativa facilidad con que se lleva a cabo la conquista, dada la asimetría tecnológica existente, en comparación con la dificultad que entraña el gobierno rutinario. Estados Unidos ha experimentado precisamente esto en Irak del mismo modo que les ocurrió a los británicos en ese mismo lugar durante la década de 1920 o en África desde el momento de la conquista. Ya quedó claro hace tiempo que el uso de tácticas terroristas contra los súbditos rebeldes o poco dispuestos a colaborar (masacres militares, arrestos sin juicio, castigos ejemplares...) es una muestra de debilidad por parte de los regímenes imperiales de control. En Irak, tal como ocurrió en el África de finales del siglo XIX, los regímenes colonizadores necesitan intermediarios nativos para poder funcionar, y por ello son incapaces de modificar los sistemas sociales con los que se encuentran: la administración Bush se ha visto atrapada en medio de tensiones entre diversos pueblos de los que apenas sabía nada con anterioridad a la ocupación, al igual que los imperios coloniales tenían que trabajar con las elites cuyo retraso se había utilizado para justificar su conquista. Aunque Estados Unidos ha declarado públicamente (y justificadamente) no estar interesado en el dominio colonial a largo plazo, se ha visto abocado a los mismos problemas que las potencias colonizadoras: es el responsable de los servicios públicos, de organizar un sistema judicial, de reparar los daños sobre las infraestructuras ocurridos durante la conquista... El gobierno parece estar deseando liberarse de todas estas responsabilidades lo antes posible, pero ahora están mucho más implicados que en un primer momento.

En tercer lugar, se sienta un importante precedente: todos los regímenes imperiales, incluso aquellos que no tenían competidores, se las han tenido que ver con los límites de su poder. Todos los imperios tuvieron que ejercer una cierta moderación en lo que respeta a las elites que

conquistaban, puesto que un gobierno diario sin contar con elementos operativos conllevaba un enorme sacrificio económico y humano. Las potencias colonizadoras siempre intentaron hacer que los pueblos colonizados afrontaran la mayoría o la totalidad de los gastos de la represión mediante los impuestos, el reclutamiento *in situ* de las fuerzas policiales y por otros medios. Pero siempre que daba la impresión de que los costes se iban a disparar, se planteaba la cuestión de cuánta carga estaba dispuesto a afrontar el sistema político de la metrópoli: cuando los regímenes coloniales francés y británico se comprometieron a realizar un proyecto de desarrollo más o menos formal tras la Segunda Guerra Mundial, el hecho de que tuvieran que pedir al votante que se hiciera cargo de los gastos rápidamente puso límites al proyecto. Y en este momento se están planteando seriamente los límites que el pueblo americano está dispuesto a tolerar en términos económicos y de vidas humanas por las aventuras de ocupación de la administración Bush, y además los límites dentro de los que opera están bastante restringidos... incluso para una gran potencia que está operando en un territorio relativamente pequeño.

En cuarto y último lugar aparece un tema que ha ocupado gran parte de este capítulo: la tensión entre las ideologías imperiales que afirman encabezar un proyecto modernizador y las prácticas reales del imperio, que no encajan en una dicotomía moderno/no moderno. Se ha hablado mucho en la prensa americana y entre ciertos estudiosos que distinguían marcadamente entre la modernidad americana y el retraso musulmán e insisten en que estos últimos están ignorando los imperativos de modernidad por su propia cuenta y riesgo. Este discurso se ha dirigido contra una gran variedad de pueblos africanos y asiáticos durante el pasado imperial y los razonamientos empleados, tanto los más antiguos como los más novedosos, contienen una tensión básica: entre un proyecto de modernización y una clasificación estática de los pueblos en una jerarquía, el primero de los cuales conlleva un esfuerzo económico importante para realizar la modernización y el segundo justifica una continuada desigualdad en poder y acceso a los recursos⁴⁷. Pero dividir las opciones entre modernas y antimodernas (o incluso postmodernas) da un aspecto quebradizo de “o todo o nada” a los cambios políticos y culturales y no casa demasiado bien con las estrategias que siguen los gobernantes imperiales ni los esfuerzos de los pueblos subordinados para encontrar espacios y caminos a través de las estructuras del poder a los que tienen que enfrentarse. El que un lado insista en que el objetivo de

⁴⁷ J. FERGUSON, «Decomposing Modernity: History and Hierarchy after Development», en su libro de ensayos, *Global Shadows: Africa in the Neoliberal World Order*, de próxima publicación.

la potencia que toma acción es llevar la modernidad al lugar y que el otro se resista ante una modernidad que no desea da una imagen engañosa al presente y limita las posibilidades para el futuro ⁴⁸.

La idea de que los imperios pueden ser modernos, desde la de Leroy-Beaulieu en el siglo XIX a la de los defensores de la modernización por la fuerza de las sociedades islámicas en este siglo XXI, ha explotado la tensión existente entre la modernización como proyecto normativo y como descripción de una cierta realidad. El argumento más fuerte para que los pueblos se modernicen lleva ya mucho tiempo siendo el de que la modernización es inevitable. Ésta es la razón por la que el argumento de que ciertas clases de imperios *eran* modernos es tan sumamente problemático: confunde un razonamiento dentro del contexto del imperio con una de las esencias del imperio en una era concreta. La confusión entre razonamientos normativos y descriptivos sigue sin desaparecer, como tampoco lo ha hecho la de los movimientos de retraso a la modernidad como proyecto y como descripción de la jerarquía global. Pensar detenidamente en cómo estos asuntos ocurrieron en el pasado pudiera aportar algo de claridad al lugar que ocupan estos conceptos tan cargados de significado en los debates sobre el presente.

⁴⁸ Para encontrar un análisis más amplio de este asunto, véase COOPER, *Colonialism in Question*, capítulo 5.